

El Pacificador

de Maximiliano Sacristán

Cierta tarde en que tomaba una cerveza, acodado al mostrador del bar del turco Jalil, tuve curiosidad por saber qué había ocurrido entre ellos. Viéndolos así, sentados a una misma mesa con otros amigos pero ignorándose mutuamente, le pregunté a Eduardo, que ocupaba el taburete contiguo, por qué Juani y Daniel se despreciaban tanto como para ningunearse de esa manera. “Dicen que la enemistad viene de una pelea que tuvieron de chicos, jugando para las divisiones infantiles del Albo”, me dijo mi compadre, mientras giraba un poco sobre su taburete y me imitaba, observándolos con disimulo. Resultaba cómico y algo triste a la vez verlos en un esfuerzo constante por ignorar lo que decía o hacía el otro, teniéndolo allí, a centímetros de distancia de su cara. Los tres amigos que completaban la barra, al parecer, les seguían el juego. “¿Mantienen el rencor por una disputa de la infancia?”, insistí, sorprendido. Eduardo reflexionó: “Vos sabés bien cómo viven el fútbol esos dos. Se pasarán la semana rogando que el sábado no llueva para que el picado de la canchita de la estación no se suspenda...”. Me enderecé en el taburete para no parecer indiscreto. Seguramente la pelea habría nacido de alguna tontería, como tantas cosas que reconsideramos con asombro cuando las analizamos a la distancia. Me extrañó que el tiempo, ese infalible pacificador de las pasiones, no hubiera actuado entre Daniel y Juani.

Me quedé en el bar hasta que la mesa de amigos se disgregó. Esperé a que el grupo saliera a la calle y seguí a Juani, que caminaba solo por Concordia hacia la Juan B. Justo. Quería conocer la historia de primera mano. Con él no habíamos pasado de ser compañeros del colegio secundario, yo lo adelantaba dos años en la cursada. Recordé que alguna vez nos habíamos cruzado en alguna estudiantina. De allí en más, no pasábamos de ser conocidos y vecinos del barrio. Lo alcancé y le toqué un hombro por detrás. Él se sobresaltó y giró enseguida. “Qué hacés Marito”, me dijo. Nos saludamos con un apretón de manos y seguimos caminando a la par. Se acercaba el verano, acababa de anochecer y daba gusto pasear por las calles de Floresta, charlando. Nos hicimos las cordiales preguntas que la cortesía reclama, nos pusimos al día con nuestros quehaceres, y cuando la charla languidecía le pregunté de sopetón: “¿A qué se debe tu enemistad con Daniel?”. Juani sonrió, como agarrado en falta, y negó con la cabeza. “Una pavadita de la infancia”, me dijo. Y se silenció, decidido a no hablar sobre el asunto. Insistí, a riesgo de pasar por cargoso, para que me contara la historia. “Hagamos un poquito de catarsis”, le dije, dándomelas de Sigmund de entrecasa. Juani volvió a sonreír y me dijo:

“Jugábamos un partido en las infantiles del Albo. Tendríamos nueve o diez años. Nos cobraron un penal a favor y los dos lo quisimos patear. Vos sabés cómo son los chicos. Daniel me sacó la pelota de las manos, yo le puse un bollo y nos trenzamos. El árbitro nos sacó roja a ambos. En el vestuario no pasó nada, porque mi viejo me vino a buscar enseguida para enfriar la cosa. Cuando en la semana fuimos a entrenar, el viejo Amoro-

so, que todavía dirigía las infantiles, nos dio a todos un flor de sermón. Y para que el papelón de nosotros dos no volviera a ocurrir, decidió que, en adelante, patearía el penal quien hubiera sido fauleado. Como pasa en el básquet, ¿viste?, que los simples los tira el que recibió la falta.”

“¿Y la innovación funcionó?”, pregunté. “De maravillas”, dijo Juani: “Desde ese momento no hubo más peleas por ver quién pateaba un penal. Pero nuestra enemistad ya estaba sentenciada”.

Lo observé de perfil y noté que mi vecino se había quedado con la mirada fija en el aire azul, dialogando en privado con sus recuerdos. Doblamos por Bahía Blanca y seguimos subiendo. Yo lo traje de regreso al comentar: “¿Y en tantos años, no hicieron nada por amigarse? Si hasta se juntan con otros muchachos...”. “Es que formalmente no estamos peleados. Simplemente no nos hablamos. Suena raro, pero se nos hizo hábito el no darnos bola y así seguimos hasta hoy, o por lo menos eso me pasa a mí...”, reflexionó Juani. Habíamos tomado por San Blas y llegado a la puerta de su casa, que todavía era su casa materna. Me invitó a pasar, más por cortesía que por otra cosa. Agradecí pero aduje que era tarde y nos despedimos, a mí también me esperaban mis padres para cenar.

A Daniel no lo busqué. Nos encontramos por casualidad una mañana, esperando al Sarmiento sobre el andén de la estación. Ambos íbamos para el centro. Hablamos de bueyes perdidos. Buscamos un vagón semi vacío y nos sentamos enfrentados. Como el viaje hasta Once duraba poco, me animé a referirle la historia que me había contado Juani con la excusa de la confirmación o rectificación de su parte. Daniel se escapó un momento mirando los suburbios porteños que pasaban. Al fin me dijo: “Sí, Marito. Si tanto te interesa saberlo, ése es el origen de nuestro malestar mutuo”. Y entre nosotros se creó un silencio espeso. Yo sentí que, por entrometido, había arruinado el encuentro. Ya salíamos de la estación de Caballito. En un momento Daniel dejó de mirar por la ventanilla y me dijo, sonriendo: “Es que ese domingo habían venido a casa unos parientes de visita, y los habíamos llevado a la cancha. Yo quería lucirme delante de una primita, por eso me emperré en querer patear ese penal”. Y después, como recordando algo de repente, agregó: “Fui corriendo a contarle a mi viejo sobre la innovación reglamentaria que había ideado el técnico. Y él comentó en broma: ‘Es todo un pacificador’. A mí me gustó esa palabrita, que desconocía, y la llevé al grupo. De ahí hasta que el viejo Amoroso dejó la dirección, todos los chicos la gritábamos como lema en la arenga de último momento, antes de salir a jugar: ‘¡Por el pacificador!’”. Nos reímos. En ese momento el tren entraba lento en la estación cabecera.

Pasaron algunos meses, vinieron las vacaciones de verano y la muchachada del barrio se tomó un descanso hasta de sus jaranas. Al fin llegó marzo y volvió la vida social. Un jueves a la tarde aparecí por el bar del turco, pero no entré. Preferí postergar mi cerveza y esperar en la puerta a la barra de amigos. Juani llegó primero. Lo saludé y le regalé una

entrada para la cena del sábado en el club. Se me quedó mirando. “Es el aniversario del Albo, y quisiera que vengas a la fiesta”, le expliqué. Me agradeció, un poco intrigado. Repetí el procedimiento unos minutos después, cuando cayó Daniel. A él también lo desconcertó mi obsequio, pero me aceptó la invitación agradecido. Yo sabía que ninguno de los dos había vuelto a pisar el club desde que habían abandonado la práctica del fútbol, siendo adolescentes.

La noche de la fiesta estuve impaciente hasta que vi entrar en la cancha de básquet a mis dos invitados. Llegaron tarde, cuando las pizzas ya circulaban entre los comensales. Se sentaron en mesas bien distantes, supongo que por azar, puesto que ninguno sabía de la presencia del otro.

Antes de servirse el postre llegó la hora de los discursos y yo, como miembro activo de la Subcomisión de Cultura, me acerqué al frente y pedí el micrófono. Dije que en esa oportunidad quería recordar a un jugador histórico del club, Norberto Amoroso, destacado delantero y gran goleador que brilló en el campeonato de segunda división allá por la década del sesenta. Pero también, remarqué, esa gloria del club había seguido vinculado al Albo como técnico de las divisiones infantiles durante muchos años. “Y entre nosotros están dos de sus dirigidos, jóvenes que habitaron nuestra querida casa desde muy niños. Ellos nos pueden contar una anécdota muy jugosa sobre don Norberto. Quisiera invitarlos a que pasen”, acabé de decir elevando la voz cual Badía improvisado. Varios de los comensales que no me daban bolilla, entretenidos en charlar con sus vecinos de mesa, se callaron y me miraron, interesados. “¡Vamos, Juani y Daniel, acérquense por favor, que los queremos escuchar!”, insistí, divertido en mi inesperado rol de presentador de televisión, mientras simulaba buscarlos con la vista entre la concurrencia. Ambos se levantaron y avanzaron hacia el escenario, recelosos. Yo me ubiqué entre ellos y pedí que contaran sobre ese famoso penal... Me miraban serios, estaban nerviosos. Le entregué el micrófono a Juani y le pasé un brazo por sobre los hombros. En el estadio cerrado se había hecho un gran silencio de expectación. Juani contó lo de la pelea, y yo noté cómo una abuela que se sentaba cerca se llevaba una mano a la mejilla y ponía cara de “qué pilluelos estos nenes”. Después le pasé el micrófono a Daniel para que narrara su continuación en el vestuario, con el viejo Amoroso poniendo orden mediante una innovación reglamentaria de su propia invención. “¿Y cuando le contaste a tu padre qué te dijo?”, pregunté, interrumpiéndolo cual un aceitado Mateyco. Daniel sonrió y dijo: “Que el técnico era todo un pacificador. Y los chicos lo apodamos así, el pacificador”. Yo pedí un aplauso para los dos jóvenes que alguna vez habían vestido la camiseta del Albo, y les alcé los brazos como un referí de boxeo que decretara empate. Luego le entregué el micrófono al presidente del club para que cerrara los discursos y las mozas empezaran a distribuir los postres entre las mesas. Los tres regresamos a nuestras ubicaciones. No volvimos a cruzarnos durante el resto de la fiesta.

El jueves siguiente, tarde, me acerqué hasta el bar pero no entré. Pasé caminando por

la vereda con lentitud, para poder pispear por la ventana. En la mesa de la barra de amigos creí percibir una gran jarana. Juani y Daniel relataban algo, tal vez la anécdota del sábado anterior, en la fiesta aniversario del Albo. Bromeaban y se peleaban, esta vez, por tener la palabra, por compartir con los demás la situación por la que los había hecho pasar Marito, el "léido" del barrio, que colaboraba en el área de cultura del club. Todo eso me imaginé durante los cuatro o cinco segundos en que me demoré pasando frente a la ventana del bar de Jalil. Después seguí avanzando por Aranguren. Tenía ganas de caminar.

FIN